

Polietileno

Pensó en preguntarle al conductor del Uber por el origen de ese olor tan penetrante y desagradable que se le metía por las fosas nasales. Casi como el hedor a orines de borracho de aquella cantina a la que lo habían llevado sus compañeros de curso el último viernes de clases del semestre, y que recuerda aún con más repulsión gracias a la golpiza que le propinaron por derramar su trago sobre el pantalón blanco del grandulón del grupo y el escote de la novia de éste. Ese día terminó tirado justo en la esquina donde los hombres orinaban por la flojera de no formarse en el mingitorio comunitario. No le preguntó al conductor porque no quería parecer ignorante y porque el cinturón de seguridad le apretaba hasta el cuello, incomodándolo incluso para hablar.

Quiso responderse a sí mismo para no mantener la duda por mucho tiempo. Observó el camión de volteo que invadía el carril del Metrobús, miró las llantas –esas que uno nunca acaba de entender cómo pueden aguantar toneladas de peso estando tan lisas– y pensó en las balatas. Pero no podían ser éstas. Conocía bien el olor a balata quemada de sus fracasados días como ayudante de mecánico, oficio en el que no prosperó porque, a juicio del patrón, de los otros chalanos y hasta de los clientes, tenía los brazos tan delgados que era más fácil que se le rompiera un hueso a que lograra apretar un birlo.

El día que lo despidieron, su padre no estaba en casa.

Miró más adelante, hacia el distribuidor vial, y notó un par de coches con luces de neón bajo el chasis y música a todo volumen, de esos que nunca faltan en las avenidas principales y para quienes parece incompatible un auto a la vez con sonido estridente y llantas gruesas. Fijó la mirada justo en las ruedas que, de tan delgadas, parecían derretirse en cada acelerón. Dedujo que seguramente ello provocaba el hedor a quemado que ya le empezaba a causar jaqueca. Pero no, no podían ser las llantas. Reconocía el olor desde la vez que casi origina el mayor incendio en una década de la ciudad por prender un cohete atado a la cola de un gato gris con patas blancas, el cual salió disparado a refugiarse en un neumático viejo abandonado en el solar con hierba seca que colindaba con los llanos del aeropuerto, que de

inmediato se encendieron y que, con ayuda de aquel viento que lo empolva todo, se propagó varias hectáreas hacia el poniente, provocando la movilización de decenas de patrullas, camiones de bomberos y ambulancias. Por cierto, justo en la época de mayor sequía en un siglo.

Cuando regresó corriendo, sintiéndose culpable, su madre no estaba en casa.

Fue entonces que le vino a la mente la palabra *polietileno*.

No recordaba en dónde la había escuchado, pero sentía que la conocía desde hacía años.

No recordaba cómo la había aprendido, pero sentía náuseas cuando la escuchaba, sin entender por qué una palabra puede causar náuseas sólo con ser escuchada.

No recordaba en dónde se la enseñaron, pero sentía tristeza al evocarla, sin comprender por qué una palabra puede provocar tristeza con sólo recordarla.

No recordaba quién se la había enseñado, pero sentía culpa al pensarla, sin discernir por qué una palabra puede inducir culpa con sólo pensarla.

No recordaba incluso qué significaba, pero sentía dolor al mencionarla, sin concebir que una palabra generase dolor con sólo decirla.

El auto frenó bruscamente y lo sacó de sus pensamientos. Sacudió la cabeza de tal forma que hizo surgir de su interior una mezcla de razonamiento y recuerdo. De inmediato reconoció el olor que ya le carcomía las sienes. Se trataba de cables quemados, específicamente del polietileno que recubre los cables. El conductor bajó del vehículo para abrir el cofre, del cual salía un humo blanco y espeso. Abrió el cofre de color blanco del automóvil y eso lo intrigó, «¿no era rojo el auto que lo había recogido a la salida del billar?». Miró a todos lados en busca de cualquier indicio que le confirmara lo que recordaba, pero le fue difícil hallar una parte desde el interior que le revelara el color de la carrocería. En eso estaba cuando un grito sordo lo sobresaltó. Era del chofer, quien, tentado por la absurda necedad masculina de meter las manos al motor de cualquier vehículo sin conocimientos suficientes, miraba una masa de colores, mezcla de cables verdes, rojos y negros,

derretirse en el dorso de su mano, y luego entre las yemas de sus dedos al tratar de quitárselo.

Fue entonces cuando reconoció el olor. Fue entonces cuando lo supo. No era el olor del polietileno quemado, o más bien no era sólo el olor del polietileno quemado, sino combinado con hedor a piel humana chamuscada, lastimada, herida. Fue el olor del polietileno derritiéndose sobre la piel del conductor lo que desencadenó la avalancha de recuerdos, del plástico destrozando la piel viva, de esa masa amorfa transformando la dermis, de los quejidos del hombre que en su mente se hacían cada vez más agudos, cada vez más lejanos.

Al recuerdo de la piel quemada lo siguieron los gritos de su madre, el llanto de su padre, la cara de él mismo desfigurada y su cuerpo tendido frente a sí. Pero eso no era posible, no tenía sentido. Él no podía recordar estar viendo su propio cuerpo, porque ese cuerpo idéntico al suyo tenía los ojos quemados, apagados, muertos. Fue entonces que el recuerdo se intensificó, cuando tuvo la certeza de aquello que nunca supo, o más bien, de lo que nadie dejó que supiera durante los últimos dieciocho años...

Tenía un gemelo. O, mejor dicho, lo tuvo. Lo tuvo y luego ya no. Lo tuvo, pero desapareció. Se esfumó de las "caritas", esas fotos ridículas por las que los papás pagan una fortuna obligando a los pequeños a hacer sus gestos recién aprendidos, capturándolos para siempre, quizá como una forma de mostrar a los indefensos lo que la vida ha hecho con los adultos todo el tiempo, juzgarlos por el primer intento sin darles oportunidad de un segundo. Desapareció de las conversaciones familiares y de los halagos a sus padres por haber engendrado dos seres iguales, como si tener gemelos no se tratara simplemente de un accidente genético.

De pronto se miró las manos, sus pequeñas manos de niño, vio claramente los cables verde y blanco, uno en cada mano. Entonces el recuerdo se reavivó con mayor claridad: mató a su hermano.

Es por eso que no tenía papá, que ya no lo tenía la primera vez que volvió a casa con un ojo morado, ni cuando Romina lo mandó a volar porque sus papás le

prohibieron relacionarse con un “vagabundo sin padre”, ni cuando salió de clase de sexología con tantas dudas que tuvo que recurrir al padrastro de Jaime para tratar de resolverlas, pagando las clases con caricias por debajo del bóxer y forzado a llevar su mano bajo la ropa interior del viejo. Todas esas burlas por no tener un hombre en la casa, un “jefe de familia”. Todos esos rumores de su madre llegando tarde, subiendo a coches distintos cada vez, perdiéndose con extraños que pagaban la comida, sus tenis nuevos, su celular caro y los pasajes para la escuela.

No tenía papá porque a él también lo había matado, pero no incrustándole unos cables en los ojos como a su gemelo. A su padre lo mató de tristeza, de dolor, de vergüenza, de desesperación, de frustración, de esa que se siente cuando no es posible castigar al homicida. Lo mató porque su padre ya no fue capaz de verlo a los ojos nunca más, porque prefirió ahogarse en una piscina pública antes que seguir viviendo al lado del asesino de su hijo, de uno de sus hijos, de su otro hijo, del que tal vez sí lo hubiese hecho sentir orgulloso de llevar su mismo nombre, de ese al que tuvo que levantar sin vida del suelo.

Quiso salir corriendo del auto, pero no pudo zafarse el cinturón de seguridad. Porque no era un cinturón de seguridad, sino una camisa de fuerza. Porque no iba en un coche de Uber, sino en una ambulancia. No en una ambulancia normal, de esas que llevan las sirenas sonando con personas fracturadas, heridas o a punto de un segundo infarto, sino de esas que trasladan a pacientes que no corren peligro de muerte, al menos no si están atados. Esos pacientes que están heridos por dentro, esos para quienes la realidad no alcanza a ser soportable y cuyo cerebro sucumbe a la tentación de la locura...

Hans Giebenrath